La lección pendiente de Txiberta: actuar como pueblo

Quienes hoy me acompañan en este acto son personas que participaron en las reuniones de Txiberta de la primavera de 1977 en representación de distintos partidos, movimientos y organizaciones, en un momento decisivo de la historia de nuestro pueblo. La muerte del dictador Francisco Franco y el proceso de reforma política en marcha les situaban ante la necesidad de articular una respuesta unitaria en un contexto difícil, marcado por la convocatoria de las primeras elecciones generales españolas, previstas para junio de aquel año, y con la amnistía de los presos y presas políticos vascos todavía pendiente.

En aquellas circunstancias estas personas fueron convocadas por Telesforo Monzon. Este les planteó un objetivo que iba mucho más allá de responder a un reto coyuntural. Reclamaba un entendimiento entre las fuerzas abertzales que permitiera construir una estrategia nacional vasca, dotada de su correspondiente representación política e institucional, abierta también a las fuerzas democráticas no abertzales de Euskal Herria.

La experiencia del Gobierno de Agirre debía seguir sirviendo de inspiración. El pueblo vasco era un pueblo negado y oprimido, con su lengua herida de muerte y sus derechos nacionales sojuzgados, que necesitaba de la colaboración entre sus fuerzas representativas para defender y conquistar sus derechos históricos. Aquella experiencia del Gobierno de Agirre había demostrado que era posible reunir voluntades diferentes en torno a un compromiso compartido con el país.

Sin embargo, aquellas conversaciones de Txiberta no lograron el objetivo que perseguían. El desencuentro se concretó inicialmente en la posición que debían adoptar ante aquellas elecciones, entre la participación incondicional, la participación condicionada y la abstención. Pero las discrepancias terminaron cristalizando en estrategias diferentes, incluso enfrentadas. La herida entonces abierta fue, desgraciadamente, profunda y duradera.

Como escribió años después la periodista Mirentxu Purroy, testigo de aquellos encuentros y depositaria de sus actas, al menos podría haberse “acortado el desencuentro” si los allí reunidos “se hubieran reconocido recíprocamente como eslabones igual de necesarios para edificar el futuro”.

Quienes hoy me acompañan han recorrido desde entonces diferentes caminos, en ocasiones coincidentes y en otras discordantes. Con sus aciertos y con sus errores. No se reúnen ahora para juzgarse unos a otros por aquellas trayectorias, ya se sustentaran entonces en la Alternativa KAS o en la apuesta por el Estatuto de Gernika. Todos salieron de Txiberta con la voluntad de llevar a nuestro pueblo a mayores cotas de libertad y autogobierno. Pero salieron debilitados por aquella desunión y sus respectivas estrategias se vieron, además, lastradas durante décadas por la actuación del Estado español.

Una actuación cicatera, caracterizada por el incumplimiento reiterado de sus compromisos con el marco estatutario vasco y por los intentos de recortar el autogobierno. Lo denunció de forma tajante el lehendakari Carlos Garaikoetxea en su intervención contra la LOAPA en el Parlamento Vasco, en julio de 1982, al afirmar que “la democracia pierde su sentido si pasa por la liquidación de los derechos legítimos de nuestro pueblo”. Casi cinco décadas después de su aprobación, el Estatuto de Gernika sigue sin cumplirse en su integridad.

Una actuación también represiva. Durante décadas, el Estado se ha negado a abordar el fondo del problema político –dando un portazo al Plan Ibarretxe o boicoteando los intentos de negociación con ETA– y ha alimentado, paralelamente, prácticas basadas en la conculcación de los derechos humanos. La tortura, la guerra sucia y una política penitenciaria cruel han formado parte de una estrategia de Estado que ha obstaculizado la búsqueda de soluciones justas y duraderas. ¿Para cuándo el reconocimiento de todo ese dolor causado?

Quienes hoy aquí comparecemos vivimos con alegría y esperanza el cambio de ciclo iniciado hace quince años, cuyo exponente más visible fue el abandono definitivo de la actividad armada por parte de ETA. Desde entonces se han producido avances políticos significativos, como el resquebrajamiento del régimen que durante décadas gobernó Nafarroa o la creación de una institución propia para Ipar Euskal Herria. También parece existir un consenso suficiente para continuar con el proceso de negociación sobre un nuevo estatus político para la Comunidad Autónoma Vasca. Son avances que muestran las posibilidades que se abren cuando se suman fuerzas y se actúa con perspectiva de país. Precisamente aquello que estas personas que hoy me acompañan intentaron en Txiberta y que entonces no fue posible llevar a buen puerto.

Sin embargo, vemos cómo nuevos y amenazantes nubarrones se ciernen sobre los derechos de la ciudadanía vasca. Debemos alertar del grave peligro que supondría la llegada del bloque reaccionario al Gobierno español. Si alcanza su objetivo, tratará de sepultar, en primer término, los tímidos intentos de avanzar hacia el reconocimiento de la plurinacionalidad del Estado, para impulsar a continuación una ofensiva regresiva contra nuestro autogobierno, nuestros derechos políticos y civiles, nuestra lengua y nuestros derechos sociales. Es un riesgo ante el que no podemos permanecer impasibles. Con todas las diferencias entre ambos momentos históricos, la trascendencia de esta encrucijada nos remite a la que estas personas vivieron hace casi cincuenta años.

Quienes hoy me acompañan se levantaron entonces de las conversaciones de Txiberta divididos, incluso enfrentados. Hoy, por fortuna, se presentan juntos, sin renunciar a sus convicciones, en defensa de la alternativa soberanista y popular que se está construyendo en torno a EH Bildu. Su compromiso nos anima a seguir fortaleciéndonos como espacio de confluencia de abertzales, soberanistas y progresistas, y a promover, al mismo tiempo, la colaboración con otras fuerzas y sectores para actuar como pueblo, con los objetivos de hacer frente al auge del bloque reaccionario y avanzar en la construcción nacional y social de Euskal Herria.

La lección de Txiberta no puede quedar reducida al recuerdo de una oportunidad perdida. Debe servirnos para afrontar juntos los desafíos del presente. Para hacer posible hoy lo que no se logró hace casi cincuenta años: actuar como pueblo.